

tad de Inglaterra con Francia perjudicaba mucho á Jacobo. El rey de Inglaterra, á causa de su obscura política, era odiado por los soberanos de la liga, y no le tenía tampoco en mucha estima el rey de Francia. Aunque Guillermo reconoció en un principio al infante su cuñado, cuando supuso y se persuadió que su origen era sospechoso, hubo de ordenar que el nombre del niño no se pronunciase en las oraciones del culto público. El de Orange dejaba comprender claramente cuáles serian sus propósitos á la muerte de Jacobo; porque, negar al príncipe de Gales, equivalía á declararse heredero del trono de Inglaterra ¹.

Zulestein, que fué á Inglaterra con el encargo de felicitar á los reyes por el nacimiento del príncipe, llevó también el aviso de prevenir á los grandes y nobles, que, llegado el caso, el de Orange invadiría el territorio, libertando á sus naturales del yugo tiránico de Jacobo. Aunque Guillermo estaba suficientemente prevenido, oponíanse grandes dificultades á su proyecto, porque no sólo era necesario engañar á Jacobo y á Luis, sino contar con la aquiescencia de las Provincias Unidas. Por fortuna, Luis estaba ofendido de Jacobo y se hallaba empeñado en sus disidencias con el Papa y el Emperador, en los momentos que Guillermo se disponía á ejecutar sus planes. La víspera en que el príncipe de Orange se iba á lanzar á su aventura, Luis declaró la guerra al Emperador y dirigió sus tropas al Palatinado, dejando á Guillermo abiertas las fronteras holandesas y libre la mar.

¹ La vida de este príncipe, escrita por el alemán barón de Reumont, en su *Die Gräfin von Albany*, ha sido compendiada por el francés Monsieur Saint René Taillandier. M. J. Bänder ha traducido este libro al castellano, en un volumen en 12.*

XXXI

REVOLUCIÓN INGLESA :

No ignoraban los Ingleses, desde hacia mucho tiempo, la conversión de Jacobo II al catolicismo. Cuando en el reinado anterior la nueva se hizo pública, la alarma é indignación del pueblo inglés fueron grandes. El Parlamento quiso proponer la exclusión del duque de York como heredero de la corona; pero su hermano Carlos II logró evitar el golpe, tomando el acuerdo de no convocar á los representantes del país. Sin embargo, presintiendo que algún día pudiera tener necesidad de llamarlos, falseó la ley, merced al apoyo de magistrados obsequiosos y sin conciencia, y logró de esta manera despojar á los distritos de sus franquicias, libertades y derechos. Aunque restituyó á los distritos algunos privilegios, la influencia de la corona pesó en todos ellos ó en su mayor parte. Pruébese esto elocuentemente con decir, que no pudo ser más obediente y sumisa la conducta del único Parlamento convocado por Jacobo durante su reinado, y las concesiones que hizo al rey fueron tan grandes, que éste no tenía necesidad de

¹ Lord Macaulay, en sus *Estudios Políticos*, ha publicado un trabajo interesantísimo sobre la *revolución de Inglaterra*, que nuestros lectores deben consultar con gran provecho. Traducción de M. J. Bänder, Madrid 1879.

recurrir á su pueblo, exceptuando sólo en el caso de una guerra.

Jacobo fué aficionado al dinero francés como Carlos, si bien menos pródigo y más altivo. Por esta causa se mostró agraviado ante ciertas pretensiones de Luis XIV, y aun se negó á cumplir lo pactado en otro tiempo; pues el rey francés, á cambio de las cantidades que le daba, se creía con derecho á toda clase de exigencias. Si bajo este aspecto aparece digna, hasta cierto punto, la personalidad de Jacobo, las demás condiciones de su carácter le enajenaron las simpatías generales, incluyendo en este número hasta los mismos defensores de la Iglesia nacional, los cuales habían sostenido por mucho tiempo la doctrina de la obediencia pasiva. Semejante actitud del clero se fundaba en los propósitos que se atribuían á Jacobo de querer atraerse á su religión al pueblo inglés, valiéndose para ello de todos los medios legales ó no legales, y del poder de la regia prerrogativa. Con efecto, deseando formar un robusto partido que defendiese á los católicos romanos, proclamó de su propia autoridad, y contraviniendo á las leyes, la tolerancia más absoluta para los que disientan de la Iglesia nacional y declaró en suspenso las órdenes y pragmáticas relativas á los católicos ¹. Debe hacerse notar, que, á la sazón, no tenía el menor motivo para dudar de la fidelidad del clero protestante. Á fin de asegurar el éxito de sus intentos, sacó de Irlanda un cuerpo considerable de tropas, perte-

¹ El historiador Cantú, autoridad no sospechosa en la materia, escribe: «Inocencio XI, no menos avisado que virtuoso, trató de disuadirle de tales imprudencias; pero Jacobo se fiaba de Luis XIV, el cual le aconsejaba que usase de toda su autoridad para restablecer el despotismo y la religión católica...» *Historia Universal* t. V, p. 662, tr.

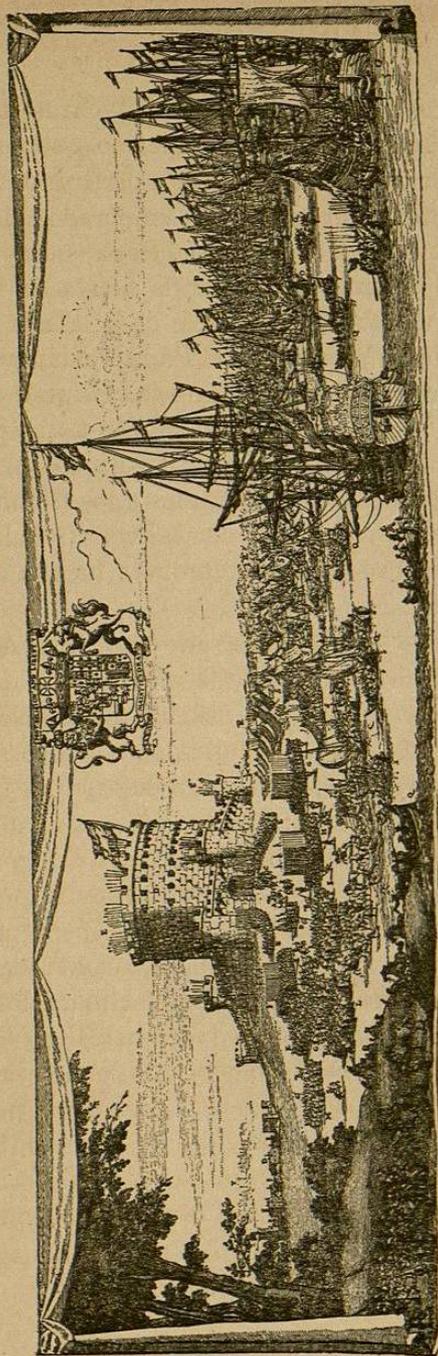
necientes á la religión católica, y las trajo á las cercanías de Londres; sin tener en cuenta, que una de las causas que más perjudicaron á su padre, fué la sospecha de que intentaba reunir un ejército de irlandeses, en oposición á las fuerzas del Parlamento. Lo que pensó Carlos I, lo realizó Jacobo II, quien rodeado de sus fieles batallones se proponía amedrentar á la capital de su reino. Si á esto se agrega el nacimiento del príncipe de Gales, futuro heredero de la corona, que debía educarse en las prácticas de la religión católica, se comprenderá fácilmente lo poco halagüeño que se presentaba el porvenir á los Ingleses, los cuales veían holladas sus libertades y sus creencias protestantes.

Los enviados franceses en la Haya no ignoraban los preparativos de Guillermo y previnieron á Luis y á Jacobo, no sin manifestar á los Estados, el pacto establecido entre los dos monarcas; mediante el cual, cualquiera agresión contra uno de ellos, se reputaría como declaración de guerra entre ambos. Pero Jacobo, en un arranque de orgullo, negó la existencia del acuerdo, y á causa de semejante negativa, su aliado francés lo abandonó á su suerte. Descartado Luis, el príncipe de Orange, merced al auxilio de Dykvelt y de Fagel, consiguió que las Provincias Unidas apoyasen su empresa. No desconocían los Estados la enemiga del pueblo inglés á Jacobo, ni el auxilio que la nobleza principal de Inglaterra había prometido á Guillermo, ni el peligro en que estaba la patria por los proyectos de Luis XIV. La hora era propicia para atraerse la amistad de Inglaterra, aprovechándose de la pasividad de Francia. Recordando los grandes daños sufridos por los Ingleses en 1672, y las ventajas adquiridas, mediante éstos, cien años antes, abraza-

ron la causa propuesta, aunque era aventurada y en extremo peligrosa. Además, Guillermo pudo atraerse la amistad y alianza del Elector de Brandeburgo. Presentia también el apoyo del emperador de Alemania y hasta el auxilio moral del Papa, siempre que el herético Orange vengase con la fuerza de las armas los agravios inferidos al Jefe de la Iglesia por el cristianísimo rey. A la sazón, el Papa y el Emperador estaban ofendidos, porque contra la voluntad de los dos, Luis XIV tenía empeño en colocar á uno de sus parciales en una sede alemana. Así las cosas, quiso Luis causar pérdidas considerables á los Holandeses en sus pesquerías, logrando con tal conducta la enemiga de todos los que hasta entonces habían estado de su parte.

El 29 de Octubre, según la reforma del calendario y el 19, según el cálculo de la mayor parte de los países protestantes, la flota holandesa se hizo á la mar y se dirigió hacia Inglaterra; pero como un temporal la obligase á volver al punto de partida, Jacobo se persuadió de que el peligro no era inminente. Los propósitos de Guillermo fueron hacer un desembarco en el Norte de Inglaterra, donde ayudado por sus numerosos y fuertes parciales, podría esperar auxilio de los escoceses. Allí acudió Jacobo con todas sus fuerzas. Hubo retraso para la nueva salida, y los contrarios vientos le obligaron á desembarcar en la costa SO. Echó anclas en Torbay el 5 de Noviembre; fecha memorable en los fastos de Inglaterra, porque en aquel día se conmemora el aniversario del descubrimiento de la conjuración de la pólvora. Fué recibido con afecto y emprendió el camino de Londres ¹.

¹ Guillermo llevaba en su bandera el lema: *Por la religión protestante y por la libertad de Inglaterra*; y por divisa: *Lo sostendré*.



DESEMBARCO DEL PRINCFE GUILLERMO DE ORANGE EN LA COSTA SUR DE INGLATERRA EL 5 DE NOVIEMBRE DE 1688.
(Según un dibujo de Schellink.)

Jacobo se vió en seguida abandonado de los deudos de su mujer, de los capitanes de más confianza del ejército, del clero y hasta de su propia hija Ana y de su yerno. Jamás hubo monarca más prontamente olvidado de su familia y de sus súbditos. Nadie lo defendió ni de palabra, ni de obra en los primeros momentos, ni tampoco hubo parciales suyos durante algún tiempo, siendo probable que los mismos que se mostraron después adictos á su causa, hubiesen preferido verlo reinar y no gobernar. Dábanse muchos por satisfechos viendo su nombre en la moneda, en el Gran Sello y á la cabeza de las cédulas reales; pero rigiendo el país otro en lugar suyo. Como la mayoría de los Ingleses creía que el príncipe de Gales no era hijo de Jacobo, los mismos que hicieron grandes sacrificios para evitar el reconocimiento de Guillermo de Orange, cuando murió el rey en 1701, se apresuraron á prestar juramento de fidelidad al nuevo gobierno, confesando implícitamente que tenían por cierta la ilegitimidad del heredero de la corona.

No satisfizo á Guillermo en modo alguno las restricciones que le impuso el Parlamento. Creía alcanzar con la corona, si no las atribuciones y facultades de su predecesor, grandes prerrogativas y pingües rentas. Pero las Cámaras acordaron cerrar la puerta á los peligros de reyes arbitrarios, limitando sus recursos á la consignación anual, y aun la sometieron á la revisión. Si no intervinieron en la dirección de los negocios públicos, no fué por falta de voluntad, sino porque los años pasados en el ocio y en la corrupción los habia hecho incapaces para ello; pero los vigilaron eficazmente. En virtud de la Constitución inglesa, el rey asumía grandes facultades, y á veces, sin trabas ni restricciones. Por la ley funda-

mental de Holanda, sólo era Guillermo magistrado electivo de la República, cuyos Estados Generales podían corregirle y mandarle. Sin embargo, fué más dueño de los destinos de su propia patria que de los de la adoptiva, pudiendo creerse que sus diferencias y luchas con el Parlamento de Inglaterra le abreviaron la vida.

No obstante, Guillermo habia alcanzado una situación personal muy considerable, y al propio tiempo lograba hacer un señalado servicio á su país. Aseguraba á éste de una manera definitiva su alianza con Inglaterra, pues la revolución defendería su obra, y el estatúder continuaría siendo quien la personificase y el lazo de unión de los dos pueblos. Los mismos partidarios de Jacobo se hallaban persuadidos de la ineficacia de los auxilios de Luis XIV para lograr su objeto ¹. La idea de que Inglaterra hubiese sido, durante dos reinados, satélite de Francia, daba fuerzas y aliento á los débiles y desmayados para oponerse al restablecimiento de la servidumbre. Así se mostró al surgir la guerra con Francia, cuya nación deseaba restaurar á Jacobo. Aunque Guillermo anduvo siempre mal avenido con el Parlamento, hasta el punto que aquél pensó renunciar la corona, el pueblo inglés no dejó las armas de la mano hasta que el rey, creado por la revolución, fué reconocido por Francia ².

¹ Luis XIV se contentó con recibir en sus Estados á Jacobo II, ofreciéndole el palacio de San Germán y 50.000 francos al mes.

² Como algunos políticos importantes de Inglaterra tuviesen el proyecto de coronar á María, mujer de Guillermo, éste dijo: «Habéis visto que yo no he tratado de amedrentar ni de adular á nadie. S: habla de una regencia. Es buen pensamiento; pero no contéis conmigo, porque no podría aceptar esta dignidad. Quieren algunos que la princesa sea la reina, y si bien nadie aprecia sus derechos y virtudes más que yo,

Cierto es que Holanda se vió entonces empeñada en la guerra contra los Franceses. En cambio, se hallaba en relativa seguridad, y no temía que se repitiesen para ella los peligros del año 1672. Conviene, sin embargo, hacer presente, que sufría las onerosas condiciones de la alianza inglesa, continuando la misma rivalidad comercial entre los dos países, no logrando que se suspendiese la *Ley de Navegación*, ni obteniendo el pago de las cantidades adelantadas á Guillermo para la realización de la empresa que le colocó en el trono. Se añadirá también que los Ingleses exigían á los de Holanda que se apoderasen, á imitación de ellos, de todos los buques que comerciaban con el enemigo común. Pero, como los Holandeses eran un pueblo casi exclusivamente mercantil, y comerciaban hasta con sus propios enemigos, rechazaron la oferta, reconociendo el derecho que tenían los buques neutrales á ejercer el tráfico. Cedió más tarde por debilidad, imprevisión ó negligencia, y se privaron de muchos negocios lucrativos. Debe advertirse, que semejante concesión tuvo lugar con el objeto de demostrar el afecto personal que tenían á Guillermo; pues cuando éste murió y surgió nueva guerra, los Holandeses se negaron á la renovación del pacto.

Por estas y otras razones, mientras Guillermo fué rey de Inglaterra, se lamentaban los Holandeses porque estaban subyugados á la política inglesa, y á su vez, los británicos decían que el monarca sólo fiaba

debo deciros que no soy hombre dispuesto á recibir órdenes de una cofia, ni quiero tener la corona por las cintas de un delantal. Deseo gobernar por mí mismo y durante toda mi vida; si otros piensan de otra manera, que tomen su partido. Me halaga poco reinar; creo que ya no necesita de mí la nación inglesa y me llaman á otra parte los intereses de Europa.»

en los consejos de sus compatriotas y en los soldados de su tierra; todo lo cual venía á demostrar su prudente conducta con ambos pueblos. Difícil y peligroso era para Guillermo fiarse de los hombres políticos ingleses. Si los abusos de la corte de Carlos II habían corrompido el carácter de los hombres de Estado, y la conducta de Jacobo II justificaba la revolución, la mala fe de los cortesanos y sus deslealtades con aquellos monarcas, aunque fueron causa de la elección de Guillermo, éste no debía confiar en tales personas. El que es traidor una vez, difícilmente pierde sus mañas en lo sucesivo. Pronto descubrió el de Orange que los mismos que arrojaron de su trono á Jacobo, se hallaban de nuevo en relaciones con el rey fugitivo, no sólo porque querían la restauración, sino porque eran intrigantes y pérfidos. Por el contrario, los Ingleses que acompañaron á Guillermo en sus frecuentes viajes á Holanda, pudieron ver el amor del pueblo á su antiguo estatúder, y la cordialidad y alegría con que éste trataba y recibía á sus compatriotas.

No se puede negar que los Ingleses emplearon muchas tropas y gastaron bastante dinero en la guerra; pero también es cierto que el Banco de Amsterdam remedió todos los apuros. En aquellos tiempos, la ciudad de Amsterdam era el centro comercial de Europa, y su famoso Banco poseía en sus arcas más metálico que todas las tesorías de las naciones. Los que han estudiado la historia de las transacciones bancarias, no ignoran las enormes ganancias que realizaron los Holandeses negociando papel inglés, y con dichas utilidades pudieron sufragar en gran parte los gastos de la guerra.

Se habrá de advertir que aquel establecimiento

no era del Estado, ni sus productos del Erario público, sino que estaba dirigido ya entonces por las



MARÍA II, REINA DE INGLATERRA, MUJER DE GUILLERMO III DE ORANGE
(Según un cuadro de Brandon).

autoridades municipales de la ciudad, y sus riquezas pertenecían á particulares.

Los Holandeses, antes tan deseosos de la paz, so-

licitaban ahora de Guillermo que declarase la guerra á Francia. Desde que el príncipe de Orange hizo su desembarco en Inglaterra, Luis XIV declaró rotas sus relaciones con Holanda, justificando su actitud, no por aquel motivo, sino porque los Estados se habían opuesto á la elección de su protegido para el obispado de Colonia. Del mismo modo, el rey francés declaró la guerra á España, á pretexto de que el gobernador de los Países Bajos españoles vió con suma complacencia la expedición de Guillermo. Como Luis sostenía graves diferencias con el emperador de Alemania, el elector de Baviera y el duque de Saboya, no tuvo el de Orange grandes dificultades para consolidar la Grande Alianza, cuyos miembros se obligaron á exigir del francés el respeto y observancia de las condiciones y cláusulas pactadas en los tratados de Westfalia y de los Pirineos ¹. Desde la *Gran Alianza* comenzó la decadencia de la monarquía francesa, según reconocen sus propios historiadores, cuando consignan su opinión con verdadera imparcialidad.

¹ Con gran acierto, dice Cantú, que la liga contra Luis XIV fué la mayor gloria de Guillermo III.